

NEW LEFT REVIEW 95

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2015

	ARTÍCULO
WOLFGANG STREECK	¿Por qué el euro divide a Europa?
	NUEVAS MASAS
ZHANNA ANDREASYAN y GEORGI DERLUGUIAN	Protestas por el precio del combustible en Armenia
DANIEL FINN	Las guerras del agua en Irlanda
	ARTÍCULOS
PAIK NAK-CHUNG	El doble proyecto de la modernidad
FREDRIC JAMESON	Una relectura de <i>Vida y destino</i>
CLAUDIO MAGRIS	La novela como criptograma
	CRÍTICA
DYLAN RILEY	¿La propiedad guiando al pueblo?
EMILIE BICKERTON	<i>Just Remember This</i>
TONY WOOD	Las vidas de Dzhughashvili
ROBIN BLACKBURN	Oro blanco, trabajadores negros

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

¿POR QUÉ EL EURO DIVIDE A EUROPA?

PARA ENTENDER LOS conflictos que han estallado dentro y en torno a la Eurozona a lo largo de los últimos cinco años, sería quizá útil empezar por revisar el concepto de dinero¹. Se trata de un concepto que ocupa un lugar prominente en el capítulo segundo de la monumental obra de Max Weber *Economía y sociedad*, que lleva por título «Categorías sociológicas de la actividad económica». Weber pensaba que el dinero se convierte en dinero en virtud de una «organización regulada», de un «sistema monetario»². Y al hilo de la obra de G. F. Knapp, *Staatliche Theorie des Geldes* [Teoría estatal del dinero], fechada en 1905, insistió en la idea de que, en las condiciones modernas, este sistema habría de estar necesariamente monopolizado por el Estado. El dinero es una institución político-económica insertada en, y posibilitada por, una «organización de gobierno» (he aquí otro crucial concepto weberiano). Al igual que todas las instituciones, el dinero privilegia ciertos intereses en detrimento de otros. Esto lo convierte en un objeto de «conflicto» social o, mejor, en un recurso más en el campo de lo que Weber denomina una «lucha de mercado»:

El dinero no es un «mero cupón para utilidades sin especificar», que pueda alterarse a voluntad sin que ello tenga un efecto fundamental en el carácter del sistema de precios entendido como lucha del hombre contra el hombre. Más bien, el «dinero» es antes que nada un arma en esta lucha, y los precios son expresiones de esta lucha; son instrumentos de cálculo solo en tanto que cuantificaciones estimadas de las posibilidades relativas en este conflicto de intereses³.

¹ Este ensayo tuvo como origen la conferencia pronunciada en el programa de Ciencias Sociales del Wissenschaftszentrum, Berlín, 21 de abril de 2015.

² Max Weber, *Economy and Society*, Guenther Roth y Claus Wittich (eds.), Nueva York, 1968, pp. 48, 166 [ed. cast.: *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 1993].

³ *Ibid.*, p. 108.

En Weber, el concepto sociopolítico de dinero difiere fundamentalmente del de la economía liberal⁴. Los textos fundacionales de dicha tradición son los capítulos cuatro y cinco de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, donde el dinero viene explicado como un medio de intercambio que tiende a universalizarse, al servicio de una expansión (en último término, ilimitada) de las relaciones comerciales en «sociedades avanzadas», es decir, en sociedades basadas en la división del trabajo. El dinero reemplaza el intercambio directo por el intercambio indirecto, a través de la interpolación de una mercancía intermediaria universalmente disponible, fácilmente transportable, infinitamente divisible y duradera (un proceso que Marx describió como de «circulación simple», $M-D-M$). En opinión de Smith, los sistemas monetarios se desarrollan desde abajo, a partir del deseo de los participantes del mercado de extender y simplificar sus relaciones comerciales, incrementando su eficiencia por la vía de reducir continuamente sus costes de transacción. Para Smith, el dinero es un símbolo neutro del valor de los objetos que se intercambian; como tal, debe adecuarse lo más posible a su propósito, incluso aunque por sí mismo posea un valor objetivo, derivado en teoría de sus costes de producción. El Estado hace su aparición solo en la medida en que pueda ser invitado por los participantes del mercado para que incremente la eficacia del dinero, «poniendo su sello» en él y haciéndolo más fiable. A diferencia de Weber, que distinguía entre diferentes sistemas monetarios en función de su afinidad con intereses distributivos compensatorios, para Smith el único interés del dinero es el interés universal, consistente en asegurar el buen funcionamiento de una economía de mercado lo más amplia posible.

De forma sorprendente, la tradición sociológica de posguerra prefirió seguir a Smith antes que a Weber. La desaparición de la escuela historicista de economía (y el hecho de que el funcionalismo estructural, sobre todo Talcott Parsons en Harvard, cediera la economía como objeto de estudio a las facultades de Económicas, cada vez más inclinadas hacia un espíritu neoclásico) permitió a la nueva sociología *poshistórica* posterior a 1945 prescindir de una teoría del dinero propia. En lugar de ello, optó por una vida tranquila, bien obviando la cuestión del dinero, bien adoptando la concepción smithiana del mismo, en tanto que medio de comunicación neutro y no interesado, en lugar de una institución social penetrada por el poder: el dinero como un valor numérico, *numéraire*, y no como relación social⁵. Esto condujo a una ruptura, tanto en el campo de la sociología

⁴ En lo que viene a continuación soy deudor del importante y estimulante análisis expuesto en *The Nature of Money*, de Geoffrey Ingham, Cambridge, 2004.

⁵ *Ibid.*

como en el de la teoría económica, con los fieros debates de los años de entreguerras en torno a la naturaleza del dinero y a las implicaciones políticas de los sistemas monetarios. Estos últimos, por otra parte, habían ocupado un lugar central en la teoría keynesiana: basta con ver las batallas, libradas por el propio Keynes, en torno a las implicaciones sociales y políticas del patrón oro o en torno al modelo bancario de reserva completa de Irving Fisher.

En este punto es fundamental la obra que Parsons y Smelser publicaron en 1956 con el título de *Economy and Society*, y el subtítulo de «A study in the integration of Economic and Social Theory». Según la teoría de sistemas de Parsons, el dinero aparece como una representación del poder adquisitivo, la capacidad de controlar el intercambio de bienes. También tiene la función social específica de conferir prestigio, y así actúa como un mediador entre «símbolos concretos y una simbolización más amplia»⁶. Históricamente, el dinero se desarrolla, como en el caso de Smith, a través del aumento de la división del trabajo, que exige una representación abstracta del valor económico para hacer posible la expansión del intercambio. En este proceso el dinero es como un «objeto cultural» que, junto con los instrumentos de crédito y los títulos de deuda, «constituye derechos o reclamaciones sobre objetos de valor económico» (o, en los términos de Weber, «un mero cupón para utilidades sin especificar»)⁷.

⁶ Talcott Parsons y Neil Smelser, *Economy and Society: A Study in the Integration of Economic and Social Theory* [1956], Londres, 1984, p. 71.

⁷ *Ibid.*, pp. 140 y ss., 106. Véase también el ensayo de Parsons de 1964, «Evolutionary Universals in Society», en el que «el dinero y el mercado» aparecerán como uno de los cuatro logros históricos fundamentales de las sociedades modernas, junto con la organización burocrática, un sistema jurídico universalista y las formas democráticas de asociación. Parsons percibe los «universales evolutivos» como características estructurales de los sistemas sociales, sin los cuales los principales estadios del desarrollo quedarían bloqueados. Como instituciones interconectadas, el dinero y el mercado efectúan «una contribución fundamental a la capacidad de adaptación de las sociedades» en las que se han desarrollado, ya que facilitan la liberación de recursos de sus lazos asignados y permiten dedicarlos a nuevos fines. En este proceso, el dinero es indispensable como un «medio simbólico» que «representa» de forma «neutra», «abstracta», la «utilidad económica» de los bienes concretos por los que es intercambiable, contra las reclamaciones concurrentes en otros órdenes. El dinero se desarrolla de manera diferente en diferentes sociedades, ya que sus funciones pueden, en mayor o menor grado, ser asumidas por las organizaciones burocráticas. Pero la pregunta siempre es hasta qué punto los elementos institucionales de un sistema monetario concreto cumplen con la tarea de dotar a «las unidades operativas de la sociedad, incluyendo, por supuesto, su gobierno, con un conjunto de recursos disponibles que pueda aplicarse a cualquiera de una determinada gama de usos y, dentro de unos límites, pueda cambiarse de uso en uso»: T. Parsons, «Evolutionary Universals in Society», *American Sociological Review*, vol. 29, núm. 3, junio de 1964, p. 350.

Armas monetarias

Está claro que el dinero es mucho más que esto. Parsons, y la sociología norteamericana en general, podían haber encontrado muchos indicios de ello en su propio país (y no solo en los años de entreguerras, que después de 1945 fueron de alguna forma declarados una era excepcional, sino también en su historia más temprana). El descubrimiento de esas evidencias, sin embargo, tuvo que esperar a que en la década de 1990 surgiera la «nueva sociología económica», que emprendió la rehabilitación de la visión weberiana del dinero como armamento en la «lucha de mercado». A este desarrollo, tan importante hoy como entonces, contribuyó «The color of money and the nature of value», un estudio a cargo de Bruce Carruthers y Sarah Babb sobre los conflictos políticos nacionales que surgieron en torno a la introducción de un nuevo sistema monetario en Estados Unidos tras la Guerra Civil⁸. Los autores adoptaron una distinción analítica propuesta por el politólogo Jack Knight: los sistemas monetarios, como las instituciones en general, no pueden ser evaluados únicamente conforme a «la noción de las instituciones sociales como agentes coordinadores de los beneficios colectivos» (o, en otras palabras, conforme a si eran o no capaces de proporcionar una simbolización comunicable de manera intersubjetiva de los valores y de las reclamaciones sobre los mismos). Un requisito no menos importante y hasta imprescindible, según Carruthers y Babb, era la perspectiva conflictual –que podríamos incluso llamar perspectiva política– que avanzaba Knight, según la cual un sistema monetario es el resultado de desacuerdos entre actores con intereses contradictorios⁹. Como tal, puede poseer más o menos efectos distributivos asimétricos e intereses en conflicto, que en la realidad social a menudo son más importantes que su eficacia¹⁰.

⁸ Bruce Carruthers y Sarah Babb, «The Color of Money and the Nature of Value: Greenbacks and Gold in Postbellum America», *American Journal of Sociology*, vol. 101, núm. 6, 1996, pp. 1558 y ss.

⁹ Jack Knight, *Institutions and Social Conflict*, Cambridge, 1992.

¹⁰ En este sentido, los sistemas monetarios pueden considerarse como análogos a los sistemas políticos, que normalmente tienen una tendencia inherente a distorsionar las decisiones en favor de los intereses privilegiados. Tienen una dinámica propia, que E. E. Schattschneider, refiriéndose a la democracia pluralista de Estados Unidos, ha caracterizado como una «movilización de sesgo»; «El problema en el cielo pluralista es que el coro celestial canta con un fuerte acento de clase alta»: *The Semi-Sovereign People*, Nueva York, 1960, p. 35. Le debo la referencia al reciente ensayo de Jacob Hacker y Paul Pierson, «After the “Master Theory”: Downs, Schattschneider, and the Rebirth of Policy-Focused Analysis», *Perspectives on Politics*, vol. 12, núm. 3, 2014. En *The Nature of Money*, Ingham describe el dinero como una «relación social», cuya forma concreta está determinada por el particular sistema monetario subyacente.

«The color of money and the nature of value» reconstruye las divisiones políticas y económicas en torno al futuro régimen monetario de Estados Unidos y a la naturaleza del dinero en general durante el último tercio del siglo XIX. En aquel momento, el frente de batalla se situaba más o menos entre las concepciones smithiana y weberiana del dinero. La primera enfatizaba la fiabilidad del dinero como medio de comunicación simbólica, para la coordinación económica eficiente y la integración social, lo cual remitía a una teoría del valor naturalista y a la defensa de un regreso al patrón oro. La visión alternativa, que se basaba en una teoría social-constructivista notablemente bien desarrollada del valor del dinero, abogaba por la introducción de papel moneda libremente creado. Como era de esperar, los defensores del patrón oro hicieron hincapié en el interés público inherente a una simbolización del valor que pudiera inspirar confianza, mientras que los que abogaban por los *greenbacks* –los billetes de dólar impresos– pusieron el énfasis en los efectos distributivos divergentes de las dos concepciones de dinero, cada una de las cuales representaba intereses materiales diferentes. En efecto, estas dos formas rivales de entender el papel del dinero se asentaban en prácticas de acumulación y modos de vida bien distintos: de un lado, los promotores del patrón oro representaban «el viejo dinero» de la costa este, y más que nada les importaba la estabilidad; del otro, los que apoyaban el papel moneda se situaban en el sur y oeste del país, y lo que querían era acceso libre al crédito, ya fuera para lograr una devaluación de las deudas que habían contraído o bien para impulsar la expansión. Los intereses en conflicto en torno a qué sendero debía tomar la boyante economía capitalista en su camino hacia el desarrollo estaban, pues, relacionados con estructuras contrapuestas de privilegio y poder de clase: el mundo en el que vivía una clase urbana patricia, sobre todo en Nueva York, contra el de los agricultores endeudados y los grandes ganaderos del resto del país.

El dinero en efectivo y la acción comunicativa

Cuando alcanzó la mayoría de edad en la década de 1980, la sociología alemana tomó su concepción del dinero no de Weber, sino de Parsons (y, a través de este, de la tradición económica que se retrotraía hasta Smith). Esto es aplicable no solo a Niklas Luhmann y a su adaptación de la teoría de sistemas, sino también a Jürgen Habermas, a pesar de que –o tal vez, precisamente por ello– este desarrolló su «teoría de la acción comunicativa» en gran medida a través de una crítica inmanente de la obra de Luhmann. El problema, a mi modo de ver, radica en el hecho

de que la crítica de Habermas al concepto de «instrumento rector», que tomó de Luhmann y Parsons, no afecta en nada a la validez de «los ámbitos funcionales de la reproducción material», pues estos últimos pueden, de manera excepcional, «diferenciarse del mundo de la vida»¹¹. Aunque en términos habermasianos no hay nadie que realmente *hable* en los subsistemas económicos modernos (pues el habla sigue siendo la prerrogativa del mundo de la vida), el «*lenguaje* especial del dinero» basta para que ese subsistema ejerza su función¹².

Aquí la presuposición consiste, por supuesto, en asumir que «la economía» *puede* pensarse como si fuera un subsistema técnico de las sociedades modernas, depurado de todas las conexiones con el mundo de la vida y capaz de funcionar sin ellas de una manera instrumentalmente racional, neutra. Dentro del ámbito competencial de la economía así concebida no hay compulsión alguna a actuar; es posible limitarse a «dejarse llevar». Por lo tanto, «la economía» puede ser vista como un mecanismo predecible de medios, exactamente a la manera de la teoría económica estándar, si bien insertada en un contexto más comprensivo de comunicación y acción, y susceptible en principio de ser organizada sobre una base democrática. Con la ayuda del dinero, ese «medium rector» que no solo se adecua a la tarea, sino que está idealmente concebido para ella, este mecanismo se limita, si bien a un nivel reducido de comunicación, a coordinar a los actores y a centrar los esfuerzos de los mismos en la utilización eficiente de recursos escasos¹³.

En el plano teórico las implicaciones son de gran alcance. La incorporación parcial que hace Habermas de la teoría de sistemas —el reconocimiento de una pretensión tecnocrática de dominio sobre ciertos sectores de la sociedad, análoga a la manera en que la teoría de la relatividad concede una aplicabilidad limitada a la mecánica clásica— despolitiza lo económico, reduciéndolo a un énfasis unidimensional en la eficiencia, como si este fuera el precio a pagar por introducir de contrabando un espacio para la politización en una teoría posmaterialista de la «modernidad». La clave para comprender en qué consiste la economía política queda olvidada: el hecho de que las leyes naturales de la economía, que

¹¹ Jürgen Habermas, *The Theory of Communicative Action, vol. 2: Lifeworld and System*, Boston, 1985, p. 261 [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Trotta, 2010].

¹² *Ibid.*, p. 259.

¹³ Para el tratamiento del dinero en Habermas, véase también Nigel Dodd, *The Sociology of Money: Economics, Reason and Contemporary Society*, Nueva York, 1994.

parecen existir en virtud de su propia eficiencia, no sean en realidad más que proyecciones de relaciones de poder social que se presentan ideológicamente como necesidades técnicas. La consecuencia es que deja de ser entendida como una economía capitalista y pasa a ser, pura y simplemente, *la economía*, al tiempo que la lucha social contra el capitalismo es reemplazada por una lucha política y jurídica por la democracia. La idea de que el dinero funciona como un sistema de comunicación reemplaza la noción de un sistema monetario en el sentido weberiano; con ella se desvanece también cualquier idea del papel político que juega el dinero, como faceta distintiva de su función técnica. Y se esfuma también la noción de que los sistemas monetarios, en tanto que instituciones políticas y económicas, primero se adecuan al poder y solo después, al mercado. Como regla, por lo tanto, están sesgados a favor de uno u otro interés dominante. Podemos decir, con Schattschneider, que, como ocurre con el «coro celestial» de una democracia pluralista, el lenguaje del dinero habla siempre con un acento, que normalmente es el mismo acento de clase alta que el del coro¹⁴.

Lucha de mercado en la eurozona

Si el dinero no fuera más que un medio neutro de comunicación (un lenguaje simbólico para facilitar la coordinación productiva de ciertos tipos de acción humana), entonces deberíamos esperar que, después de una década, el euro hubiera unido a sus usuarios en una identidad común. Al igual que el marco alemán se dice que creó «un nacionalismo del marco»¹⁵, el euro debería haber propiciado un patriotismo europeo, tal y como sus inventores esperaban. En 1999, Jean-Claude Juncker – que, como primer ministro de Luxemburgo, era un notorio asesor fiscal de las multinacionales– declaró que, una vez que los ciudadanos tuvieran los nuevos billetes y monedas en sus manos a principios del 2002, «brotaría un nuevo sentimiento del nosotros: nosotros, los europeos»¹⁶.

¹⁴ Se podría añadir que el dinero mundial habla con acento estadounidense; aunque siempre se nos dice que, como el metro o la yarda, «el dinero no tiene color», el dólar es innegablemente verde, no dorado, así como el euro es de color negro, rojo y amarillo.

¹⁵ Jürgen Habermas, *Die Zeit*, 30 de marzo de 1990.

¹⁶ Dirk Koch, «Die Brüsseler Republik», *Der Spiegel*, 27 de diciembre de 1999. La teoría de la identidad de Juncker encaja fácilmente con una teoría cognitiva que informa la política de ingeniería social que está llevando a cabo. Como ejemplo de «consentimiento permisivo», está espléndidamente resumida en la siguiente descripción de sus prácticas: «Nosotros decidimos algo, lo ponemos en el mundo y esperamos un poco a ver qué sucede. Si no hay grandes protestas ni alboroto, *pues*

Ese mismo año Helmut Kohl, por entonces ya excanciller de Alemania, predijo que el euro crearía una «identidad europea», y que «en cinco años como máximo Gran Bretaña también se sumaría a la unión monetaria, seguida directamente por Suiza»¹⁷. A un nivel un poco más bajo, los anuncios de los *media* pedían apoyo a la moneda única con fotos de viajeros jóvenes de ambos sexos mirándose a los ojos, de esa manera que une naciones. Sus sonrisas radiantes expresaban su júbilo mientras calculaban el dinero que se estaban ahorrando en pagos de comisiones y en pérdidas por los cambios de divisa, mientras viajaban a sus *rendez-vous*: ¡teoría de la identidad y eficiencia, todo en uno!

No obstante, la «idea europea», o mejor, la ideología, ha partido Europa en dos. En tanto que motor de una unión cada vez más estrecha, el balance de la moneda única ha sido desastroso. Noruega y Suiza no se incorporarán a la Unión Europea en un futuro próximo, mientras que Gran Bretaña está considerando activamente abandonarla. Se suponía que Suecia y Dinamarca iban a adoptar el euro en algún momento, lo cual está ahora fuera de la agenda. Por su parte, la Eurozona ha quedado dividida entre países con superávit y países con déficit, el norte y el sur, Alemania y el resto. En ningún otro momento desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se habían confrontado los Estados-nación de Europa con tanta hostilidad; los logros históricos de la unificación europea nunca han estado tan amenazados. Ningún gobernante hoy en día se atrevería a convocar un referéndum en Francia, Holanda o Dinamarca sobre cualquier paso nuevo, por ínfimo que fuera, hacia una mayor integración. Gracias a la moneda única, las esperanzas puestas en una Alemania europea –en la integración como solución a los problemas tanto de la identidad alemana como de la hegemonía europea– han sido reemplazadas por el temor a una Europa alemana, también en la propia RFA. En consecuencia, las campañas electorales en el sur de Europa se dirimen y se ganan contra Alemania y su canciller; han empezado a

*la mayoría de la gente no entiende realmente lo que hemos decidido, entonces simplemente pasamos a la siguiente etapa, paso a paso, hasta que ya no hay vuelta atrás» (ibid., las cursivas son mías). Con respecto a la práctica ética subyacente, recogemos la máxima que el propio Juncker proclamó cuando presidió el rescate bancario de la eurozona: «Cuando las cosas se ponen serias, tenemos que contar mentiras». En 2014, entre la aclamación general de todos los europeos biempensantes, Juncker fue elegido presidente de la Comisión Europea; según Jürgen Habermas, «Cualquier otra decisión habría sido un golpe en el corazón de Europa»: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de mayo de 2015.*

¹⁷ Rainer Hank, «Europa der Heuchler», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 15 de marzo de 2015.

aparecer retratos de Merkel y Schäuble ataviados con esvásticas, no solo en Grecia e Italia, sino hasta en Francia. El hecho de que Alemania esté enfrentando cada vez más demandas de reparaciones –no solo por parte de Grecia, sino también de Italia– da una idea de hasta qué punto su política de posguerra para europeizarse se ha ido a pique desde su transición a la moneda única¹⁸.

Cualquiera que tenga interés en entender cómo una institución como la de la moneda única puede causar tantos estragos necesita echar mano de un concepto de dinero que vaya más allá del de la tradición económica liberal y de la teoría sociológica por ella inspirada. Los conflictos en la eurozona solo pueden decodificarse con la ayuda de una teoría económica que sea capaz de concebir el dinero no solo como un sistema de signos que simbolizan reclamaciones y obligaciones contractuales, sino también, conforme a la visión de Weber, como el producto de una organización del poder y, por lo tanto, como una institución contenciosa y contestada, con consecuencias distributivas repletas de potencial para el conflicto.

Peculiaridades regionales

La literatura sobre las «variantes de capitalismo» nos aporta algunas indicaciones preliminares que nos ayudan a comprender por qué la moneda única está dividiendo Europa en lugar de unirla (al menos en la medida en que esta tarea es de carácter histórico-institucional, y no teórico-eficiente)¹⁹. A lo largo de su senda de desarrollo, cada país de la eurozona ha configurado a su manera la interfaz crítica entre su

¹⁸ En el camino quedan algunas tragedias personales. Schäuble, precisamente él –el viejo defensor de un «núcleo duro europeo», con Francia y Alemania como centro indisolublemente unido–, fue acusado en abril de 2015 de una «intolerable e inaceptable hostilidad hacia Francia», a raíz de su supuesto deseo de poner la economía de dicho país «bajo supervisión». Estos ataques vinieron en respuesta a unos comentarios que Schäuble había hecho en Washington, en el sentido de que «sería mejor para Francia que fuera obligada a introducir reformas [...], pero no es un tema fácil, pues tal es la naturaleza de la democracia» (he aquí el sentido común de todo ministro de Economía alemán, de cualquier partido). Según se dice, el presidente de los socialistas franceses llamó a la «confrontación con la derecha europea, y especialmente con la CDU-CSU». El Parti de Gauche exigió que Schäuble «se disculpara ante el pueblo francés»; sus comentarios, se decía, ejemplificaban «la nueva arrogancia alemana», que Alemania estaba en marcha para dominar Europa, etcétera. Véase *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de abril de 2015.

¹⁹ En esta distinción, véase mi «E Pluribus Unum? Varieties and Commonalities of Capitalism», en Mark Granovetter y Richard Swedberg (eds.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder (CO), 2011.

sociedad y su economía capitalista; los diferentes sistemas monetarios jugaron un papel clave en las economías nacionales resultantes²⁰. La moneda única puede ser entendida como el intento, por las razones que fueran, de reemplazar los sistemas monetarios nacionales, que estaban adaptados a sus respectivos contextos institucionales y políticos, por un sistema monetario supranacional que fuera igualmente válido para todas las sociedades participantes. Estaba diseñado para inyectar una forma nueva –neoliberal– de dinero en las economías nacionales, que forzara el desarrollo de un contexto institucional apropiado a sus propios fines.

Los sistemas y las prácticas monetarias modernas están insertos en los Estados-nación y pueden diferir de manera fundamental de un país a otro²¹. En el caso de la moneda única, bastará con distinguir entre los tipos-ideales de los países mediterráneos de los del norte de Europa, Alemania en particular²². El sur europeo produjo un tipo de capitalismo

²⁰ Tal y como Fritz Scharpf subraya en su análisis crítico de la teoría de la integración de Habermas, las instituciones de la economía política –y no solo las garantías liberales de libertad e igualdad– forman parte de los logros históricos por los que se luchó a través de los Estados-nación; esas instituciones no pueden ser simplemente estandarizadas a un nivel supranacional, ni abolidas en favor de panaceas supranacionales. Cualquiera que haya presenciado los debates interminables entre los sindicatos europeos en torno a las formas correctas de cogestión en empresas grandes y pequeñas estará muy al tanto de esto. Véanse F. Scharpf, «Das Dilemma der Supranationalen Demokratie in Europa», *Leviathan*, vol. 43, núm. 1, 2015, y J. Habermas, «Warum der Ausbau der Europäischen Union zu einer supranationalen Demokratie nötig und wie er möglich ist», *Leviathan*, vol. 42, núm. 4, 2014.

²¹ Véase Georg Friedrich Knapp, *Staatliche Theorie des Geldes*, Múnich y Leipzig, 1905; publicado en inglés en una edición abreviada denominada *The State Theory of Money*, Londres, 1924.

²² Para lo que viene a continuación, véanse, entre otros, Klaus Armingeon y Lucio Baccaro, «Political Economy of the Sovereign Debt Crisis: The Limits of Internal Devaluation», *Industrial Law Journal*, vol. 41, núm. 3, 2012; Lucio Baccaro y Chiara Benassi, «Softening Industrial Relations Institutions, Hardening Growth Model: The Transformation of the German Political Economy», *Stato e mercato*, vol. 102, 2014; Charles Blankart, «Oil and Vinegar: A Positive Fiscal Theory of the Euro Crisis», *Kyklos*, vol. 66, núm. 3, 2013; Peter Hall, «The Economics and Politics of the Euro Crisis», *German Politics*, vol. 21, núm. 4, 2012; Bob Hancke, *Unions, Central Banks, and EMU: Labour Market Institutions and Monetary Integration in Europe*, Oxford, 2013; Martin Höpner y Mark Lutter, «One Currency and Many Modes of Wage Formation: Why the Eurozone is too Heterogeneous for the Euro», documento de trabajo del Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung (MPIFG), 14/14, Colonia, 2014; Alison Johnston y Aidan Regan, «European Integration and the Incompatibility of Different Varieties of Capitalism: Problems with Institutional Divergence in a Monetary Union», documento de trabajo del MPIFG, 14/15, Colonia, 2014; Torben Iversen y David Soskice, «A structural-institutional explanation of the Eurozone crisis», artículo presentado en la London School of Economics el 3 de junio de 2013.

en el que el crecimiento era generado sobre todo por la demanda interna, con el apoyo, cuando fuera necesario, de la inflación. A su vez, la demanda venía impulsada por déficits presupuestarios, o bien por sindicatos fortalecidos por altos niveles de seguridad en el empleo y un sector público de gran tamaño. Además, la inflación hacía más fácil que los gobiernos pudieran endeudarse, en la medida en que devaluaba de manera regular la deuda pública. El sistema era mantenido por un sector bancario altamente regulado, que en parte o en su totalidad era de titularidad estatal. Todos estos factores, unidos, hicieron posible armonizar de forma más o menos satisfactoria los intereses de trabajadores y empresarios, que normalmente operaban en el mercado interno y a una escala pequeña. El precio de la paz social así generada era una pérdida de competitividad internacional, en contraste con los países con moneda fuerte; pero al contar con sus propias monedas, esa pérdida podía compensarse con devaluaciones periódicas, a costa de las importaciones del exterior.

Las economías septentrionales funcionaban de forma distinta. Como su crecimiento procedía de las exportaciones, tenían aversión a la inflación. Esto valía también para los trabajadores y sus sindicatos, a pesar del uso ocasional de retórica «keynesiana», y mucho más en la era de la globalización, cuando el incremento de los costes podía tan fácilmente llevar a que la producción fuera reubicada en zonas más baratas. Estos países no necesitan necesariamente acudir a la opción de la devaluación. A pesar de las repetidas apreciaciones de su moneda, y debido en parte a la revalorización de sus productos, la economía alemana ha venido creciendo desde la década de 1970, entre otras cosas, gracias a haber pasado de los mercados que compiten en el precio a aquellos que compiten en calidad. A diferencia de lo que sucede en los Estados mediterráneos, los países con moneda fuerte recelan tanto de la inflación como de la deuda, incluso aunque sus tipos de interés sean relativamente bajos. Su capacidad para sobrevivir en ausencia de una política monetaria relajada beneficia a sus numerosos ahorradores, cuyos votos tienen un peso político significativo; esto también significa que no necesitan asumir el riesgo de burbujas financieras²³.

²³ «Primero ahorrar, después comprar» es la divisa del comportamiento económico y cultural tradicional alemán, sustentado en una complicada madeja de instituciones políticas y económicas mutuamente complementarias. Véase, recientemente, Daniel Mertens, «Privatverschuldung in Deutschland: Institutionalistische und vergleichende Perspektiven auf die Finanzialisierung privater Haushalte», tesis doctoral, MPIfG, Colonia, 2014.

Desigualdad a partir de la diversidad

Es importante subrayar que, desde un punto de vista moral, ninguna versión de la interfaz entre capitalismo y sociedad es intrínsecamente superior al resto. Cualquiera de los encajes del capitalismo en la sociedad, cualquier intento de circunscribir su lógica en la de un orden social, se hará de forma necesariamente «tosca pero funcional», improvisada, con concesiones y nunca del todo satisfactoria para ninguna de las partes. Lo cual no impide a los partidarios de los diferentes modelos nacionales denostar las alternativas y promover los suyos como los más correctos y racionales. La razón para ello es que lo que está en juego en el conflicto sobre los modelos económicos no es solo el nivel de vida de la gente, sino también la economía moral que se ha consolidado en cada caso.

En el norte de Europa, ese chovinismo cultural produce el cliché de los «griegos vagos», mientras que en el sur da lugar a la noción de los «alemanes fríos» que «viven para trabajar en lugar de trabajar para vivir», con llamamientos a ambos lados para que reconozcan sus errores y corrijan sus conductas. Por culpa de esas distorsiones, no se les suele ocurrir a los alemanes, que reclaman a los griegos que reformen su economía y su sociedad para poner fin al derroche y la corrupción, que lo que realmente les están pidiendo es que reemplacen sus anticuadas formas locales de corrupción por otras más modernas y globales, a la Goldman Sachs²⁴.

Sistemas monetarios diseñados para modelos de distribución social diferentes pueden coexistir, siempre y cuando los Estados retengan la soberanía y puedan ajustar sus monedas para compensar las fluctuaciones en materia de competitividad. En cambio, un régimen monetario integrado para economías tan dispares como son un norte de Europa basado en la oferta y un sur basado en la demanda no puede funcionar

²⁴ Dejo abierta la cuestión sobre lo deseable que sería para sociedades como la griega o la española «modernizarse», en el sentido de despojarse de sus «grilletas feudales» (véase Albert Hirschman, «Rival Interpretations of Market Society: Civilizing, Destructive, or Feeble?», *Journal of Economic Literature*, vol. 20, núm. 4, 1982), y ello por dos razones: en primer lugar, intervenir en otro país de esta manera no es una opción. Y en segundo lugar, hay más de una forma de armonizar (temporalmente) capitalismo y sociedad. En mayor medida incluso que los estados estadounidenses individuales, los Estados-nación europeos pueden y deberían ser tratados como «laboratorios de democracia» (véase Lewis Brandeis in *New State Ice Co. vs Liebman*, 1932), donde «democracia» puede considerarse que incluya no solo las formalidades institucionales del debate colectivo y de la implementación de las políticas, sino la configuración siempre provisional de la zona de conflicto entre la sociedad y la economía capitalista.

igual de bien para ambas partes. El resultado de ello es que una diversidad cualitativa horizontal es transformada en una desigualdad cuantitativa vertical. Cuando economías nacionales políticamente diferenciadas son forzadas a compartir una unión monetaria, aquellas que salen perdiendo en el proceso se ven forzadas a *reformular* su modo de producción y el contrato social, para ponerlo en línea con los países privilegiados por la moneda común. Solo si pueden y desean hacerlo –en otras palabras, solo si el sistema monetario integrado crea un orden capitalista integrado– la unión monetaria podrá funcionar libre de fricciones.

El germen de la batalla

Las metas estratégicas y los compromisos de la Unión Monetaria Europea se fijaron desde el inicio por estos resultados, inevitablemente desiguales; de esta forma, las economías nacionales se vieron forzadas a una adaptación selectiva. El euro fue siempre un *constructo* contradictorio y preñado de conflictos. Hacia finales de la década de 1980, Francia e Italia, en particular, estaban hartas de la política del Bundesbank, con unos tipos de interés propios de una moneda fuerte, que por entonces, en virtud de la premisa del libre movimiento de capitales en un mercado común con un cariz cada vez más financiero, se había convertido *de facto* en el banco central de Europa. También estaban molestos, los franceses sobre todo, por la necesidad periódica de devaluar su moneda en relación con el marco alemán para mantener su competitividad, algo que se vivía como una suerte de humillación nacional. Al reemplazar el Bundesbank por el Banco Central Europeo, esperaban recuperar parte de la soberanía monetaria que habían cedido a Alemania, además de hacer que la política monetaria en Europa estuviera un poco menos centrada en la estabilidad y se dirigiera más hacia metas políticas, tales como el pleno empleo. Por cierto, que Mitterrand y su por entonces ministro de economía, Jacques Delors, también tenían esperanzas en utilizar una unión monetaria –que excluiría la opción de la devaluación e impondría una moneda más fuerte– para forzar al Partido Comunista Francés y a los sindicatos a renunciar a sus objetivos políticos y económicos. La Banca de Italia tenía ideas similares.

El Bundesbank y la mayoría aplastante de los economistas alemanes, que eran sobre todo de orientación ordoliberal y monetarista, se opusieron a la moneda común por el temor a que socavara la «cultura de estabilidad» alemana. Kohl habría preferido ver la unión monetaria precedida de una unión política (e idealmente, con una política económica alemana, por

supuesto). Sus socios europeos, sin embargo, no estaban defendiendo la moneda única para sacrificar aún más soberanía, así que Kohl cedió, por miedo a perder su apoyo a la reunificación alemana. Pero probablemente sí esperaba que la unión monetaria fuera seguida, de una forma u otra, de la unión política, esperanza que todavía hoy sigue albergando el centro izquierda eurófilo alemán, que aún a los últimos defensores de la teoría neofuncionalista de la integración. Cuando determinados aliados de primer orden en el campo de Kohl amenazaron con rebelarse, el canciller venció sus reticencias asegurándoles que el régimen monetario común seguiría el modelo alemán, y que el Banco Central Europeo sería una copia ampliada del Bundesbank.

El terreno quedó así abonado para los conflictos de los años que vendrían. El eslogan que el gobierno alemán empleó para ganarse a los votantes escépticos fue el de «El euro: estable como el marco». A pesar de lo cual, los demás Estados miembros ratificaron el tratado de Maastricht, presumiblemente confiando en que ya tendrían ocasión de reescribirlo ante la presión de las «realidades» económicas (si no en el papel, en la práctica). Un factor que ayudó fue que en la década de 1990 las economías occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, llevaron a cabo sin excepción una política de consolidación fiscal, como transición hacia economías neoliberales y financiarizadas²⁵. El comprometer al propio país a un nivel de endeudamiento no superior al 60 por 100 del PIB, y a unos déficits presupuestarios de no más del 3 por 100 se correspondía con el espíritu de los tiempos. Y además, *los mercados* encontrarían la manera y los medios de castigar a los países que rechazaran someterse a estas normas.

Los efectos desiguales de la unión monetaria pronto se hicieron sentir. A día de hoy son Alemania, Holanda, Austria y Finlandia los que más se benefician de la moneda única, pero esto solo es así desde 2008. En la primera fase del euro, la política monetaria uniforme convirtió a Alemania en «el enfermo de Europa». El tipo de interés del BCE era mayor que la tasa de inflación alemana, aunque más bajo que el de los países mediterráneos, que de esta forma disfrutaron del lujo de tipos de interés reales negativos²⁶. El coste de la deuda pública también se hundió drásticamente

²⁵ A este respecto véase mi «The Rise of the European Consolidation State», en Desmond King y Patrick Le Gales (eds.), *The Reconfiguration of the State in Europe*, Oxford, 2015.

²⁶ Fritz Scharpf, «Political Legitimacy in a Non-Optimal Currency Area», documento de trabajo del MPIfG 13/15, Colonia, 2013.

en el sur del continente, en gran medida porque los mercados de capital asumieron (en parte porque la Comisión Europea así lo dio a entender) que, independientemente de los tratados, la moneda única contenía una garantía compartida, o incluso específicamente alemana, de solvencia de los Estados miembros. El resultado fue un *boom* en el sur y el estancamiento en Alemania, con un paro alto y una deuda pública en aumento.

Las líneas del frente

Todo esto cambió en 2008, con la llegada de la crisis crediticia (o, en otras palabras, con el fin de las ilusiones de los mercados financieros en cuanto a la voluntad alemana o europea de actuar como prestamistas de última instancia para las deudas del sur, combinado con la caída de los tipos de interés hasta niveles casi cero). La razón por la que la moneda única ahora favorecía a Alemania estaba en la así llamada sobreindustrialización de su economía, un mal que se diagnosticó solo en la década de 1990. Esto la hizo menos sensible a la crisis fiscal y al colapso del crédito que los Estados que eran más dependientes de sus mercados internos, ya que, en primer lugar, le permitió centrarse con más intensidad que nunca en ofertar en los mercados globales bienes industriales de mayor calidad. Un factor adicional fue la infravaloración del euro en tanto que moneda de Alemania, en contraste con la eurozona en general²⁷. De esta forma, sin quererlo ni planearlo, Alemania se convirtió, de forma controvertida y hasta nueva orden, en la potencia hegemónica de Europa.

Al mismo tiempo, las diferentes compatibilidades de las economías de los Estados miembros desencadenaron un feroz tira y afloja entre el norte y el sur. La pugna planteaba, y sigue planteando, tres cuestiones nítidas: en primer lugar, la interpretación –y tal vez revisión– del sistema monetario acordado en el Tratado de Maastricht; en segundo lugar, el deber de los Estados miembros de llevar a cabo *reformas* institucionales, con el fin de alinear el sur con el norte, o viceversa; y en tercer lugar, ante la disparidad persistente de ingresos y niveles de vida, la cuestión del reequilibrio mediante desembolsos del norte hacia el sur.

Hay que hacer hincapié en que ninguno de estos problemas puede remediarse con los métodos que se están aplicando actualmente, por

²⁷ De acuerdo con Morgan Stanley, en 2013, al tipo de cambio de 1,36 por dólar, el euro estaba devaluado en el 13 por 100 para Alemania, y sobrevaluado en el 12 y el 24 por 100 para Italia y Grecia.

muchos frutos que, al margen de ello, puedan dar²⁸. Los tres son manifestaciones de una división profunda en la unión monetaria en tanto que sistema político. Y el «rescate» financiero, lejos de colmar esta brecha, solo la hace más visible. Por lo que respecta al primer problema –el desacuerdo en cuanto a la operatividad práctica del Tratado–, los intentos de los Estados del sur de suavizar el euro con la ayuda del BCE, para así volver a la inflación, a la financiación mediante el endeudamiento y a la devaluación monetaria han sido respondidos con indignación por parte de las naciones del norte, que no quieren volver a verse arrastradas mediante resoluciones mayoritarias a hacer de prestamistas subsidiarios y garantes de aquellas inyecciones preferentes de fondos, sin los cuales sus socios del sur hoy por hoy no pueden funcionar. En este sentido, la política interna de la moneda única juega ya un papel en las alianzas de los Estados miembros, que están tratando de tirar del régimen monetario común en direcciones opuestas, un grupo hacia el sur y el otro (de vuelta) hacia el norte. En sus actuales configuraciones políticas y económicas, cada bloque solo puede funcionar si se hace con el control de la interpretación del régimen monetario. Pero ninguno desea funcionar *sin* el otro. Mientras los norteros aprecian los tipos de cambio fijos para sus industrias de exportación, los sureños quieren tipos de interés bajos; están dispuestos a aceptar las restricciones acordadas en cuanto a techos de deuda y límites de déficit con la esperanza de que, en caso de emergencia, sus socios serán más susceptibles que los mercados financieros ante la presión diplomática o la contemporalización.

En los debates en torno a la *correcta* interpretación de la moneda única, el actual gobierno alemán y sus aliados siguen teniendo la sartén por el mango, al menos mientras el sur siga dependiendo de sus multimillonarios rescates. Si esto continúa así, los meridionales no van a tener otra opción que adaptar sus instituciones políticas y económicas a la versión neoliberal del régimen monetario europeo conforme a la interpretación dada por el norte²⁹. El resultado de semejante proceso de ajuste sería una incógnita; incluso si todo fuera bien, conllevaría un largo periodo

²⁸ Un fracaso notable del actual debate político, especialmente en Alemania, es que los problemas de la eurozona están siendo tratados como una crisis única, aunque seria, que puede ser superada mediante desembolsos para rescatar bancos o Estados, o ambos; unos desembolsos costosos, pero que, se supone, solo tendrán que hacerse una vez.

²⁹ En ese caso, el actual programa de flexibilización cuantitativa del BCE no implicaría un acercamiento a la perspectiva del «sur», sino simplemente un arreglo temporal, a cambio de que el «sur» imponga las «reformas» del norte. En la medida en que pueda discernirse convicción política alguna en alguien como Draghi, sus medidas van más en esta dirección que hacia un cambio de régimen en favor del sur.

de transición, plagado de malestar político e incertidumbre económica. Significaría, por ejemplo, que el sur tendría que aceptar mercados de trabajo completamente *flexibles*, como en el norte; mientras que, en caso contrario, los alemanes serían obligados a abandonar sus *destructivos* hábitos de ahorro y a renunciar a su *egoísta* economía basada en la exportación.

La lucha de mercado se desplaza así a la segunda cuestión: la de las «reformas» institucionales que se exigen a los Estados miembros. Además de a su predominio económico, el norte puede apelar a la letra de los tratados, así como a los paquetes de reforma y consolidación que emanan del BCE; por su parte, el sur puede hacer valer su mayoría en el seno de las instituciones de la eurozona y del BCE, además de jugar con la necesidad que tiene la clase política alemana de que haya armonía en Europa. Desde luego, ambas partes tendrían que contar con resistencias feroces –y democráticamente legitimadas– a las reformas, que golpearían el corazón de los acuerdos político-económicos de sus naciones. El resultado bien podría ser la existencia permanente y paralela de instituciones incompatibles por debajo del régimen monetario común. En un escenario así, los meridionales defenderían la seguridad del empleo en el sector público y la protección contra el despido, mientras que los empleados de las empresas exportadoras del norte no se mostrarían dispuestos a abandonar sus alianzas «dirección/trabajadores en cada empresa», ni a entrar en acuerdos salariales susceptibles de poner en riesgo su competitividad y, con ella, sus empleos. El sur no sería capaz de elevar su productividad, ni el norte sus costes, hasta un punto en el que ambos pudieran converger³⁰. La pugna entre los dos enfoques continuaría, mientras los excedentes comerciales y de las exportaciones del norte seguirían aumentando, y la presión sobre el sur con la receta de la deflación y la racionalización persistiría.

El resultado –y esto nos lleva al tercer nivel del conflicto– sería un estado de fricción permanente en torno a la constitución financiera de la eurozona. La pugna podría ser análoga a las interminables disputas que se dan en Alemania a cuenta de los arreglos financieros entre el gobierno

³⁰ Hace algún tiempo, en reconocimiento de esto, la izquierda alemana (Lafontaine, Flassbeck) retiró su demanda de larga data de que los sindicatos alemanes deberían adoptar una política salarial agresiva con el fin de dismantelar la ventaja competitiva de Alemania en la moneda única y, así, mediante el ajuste a las economías del sur, ayudar a lograr la convergencia necesaria. Su demanda actual, en favor de la abolición de la moneda única en su forma actual, es la consecuencia lógica de esto. Véase Heiner Flassbeck y Costas Lapavistas, *Nur Deutschland kann den Euro retten: Der letzte Akt beginnt*, Frankfurt del Main, 2015.

central y los *Länder*, con la salvedad de que en el Sistema Monetario Europeo estaríamos ante un conflicto entre Estados soberanos, sin el marco comprensivo que aporta una constitución democrática compartida, ni nada parecido a la tupida red de instituciones comunes de un Estado-nación. Esa pugna tampoco se llevaría a cabo dentro de una economía única o más o menos unificada, sino entre diferentes variantes nacionalmente constituidas de capitalismo, y por medio de unas relaciones internacionales volátiles y emotivas. Los costes que conllevaría serían considerables, y siempre se quedarían cortos, incluso si las reformas estructurales exigidas al sur fueran de hecho implementadas y los países afectados fueran capaces de empezar a recuperarse, tras haber sufrido una deflación del 20 al 30 por 100. La idea de que, después de todo esto, van a ser capaces de hacer crecer sus economías más rápido que los países del norte, y sin ningún tipo de asistencia, es algo que solo los economistas podrían imaginar³¹.

Es imposible especificar con certeza cuán grandes habrán de ser las transferencias fiscales del norte, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que no bastarán para colmar la brecha que lo separa del sur. Al reconocer que no estaríamos hablando solo de Grecia, sino también de España y Portugal, y posiblemente de toda la región mediterránea, los pagos exigidos al norte serían proporcionalmente al menos tan grandes como la transferencia anual de recursos desde la RFA hacia sus nuevos *Länder* [de la antigua RDA] a partir de 1990, o como los que Italia ha transferido al *Mezzogiorno* desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: más o menos el 4 por 100 del PIB en ambos casos, con el modesto resultado de evitar que la brecha de ingresos entre las regiones ricas y las pobres meramente siguiera creciendo³². Por lo que respecta al presupuesto de la

³¹ Comparable a la creencia de los economistas en la convergencia a través de la reforma es la creencia del centroizquierda eurófilo en la convergencia a través del alivio de la deuda; ambas posturas son igualmente poco realistas y resultan comprensibles solo como recursos retóricos para inmunizar una ideología utópica contra dudas empíricas.

³² Véase mi artículo con Lea Elsasser, «Monetary Disunion: The Domestic Politics of Euroland», documento de trabajo del MPIFG, 14-17, Colonia, 2014, p. 14. Para poner la política de transferencias en perspectiva, debería considerarse en relación con la orientación estratégica de la UE, cuya política de adhesión está más fuertemente inspirada por Estados Unidos cuanto más se adentra en el este. Las transferencias serían entonces necesarias para la totalidad de los Balcanes, desde Serbia hasta Albania –todos ellos Estados que son, por definición propia, receptores potenciales de subsidios. Es llamativa la escasa discusión que han merecido los problemas y los costes de una expansión al sureste, con o sin una resolución de la crisis mediterránea. La palabra clave relevante aquí podría ser esta: «sobreexpansión».

Unión Europea, tendría que incrementarse en al menos el 300 por 100, del 1 al 4 por 100 de su PIB. Según cálculos conservadores, los Estados miembros podrían tener que transferir a Bruselas alrededor del 7 por 100 de su gasto público. En el caso de Alemania, donde el presupuesto federal asciende a alrededor de la mitad del gasto público, el incremento sería de alrededor del 15 por 100, y ello durante un periodo de bajo crecimiento y contracción fiscal³³.

Estas son las principales líneas de fractura inherentes a toda futura política interna de la eurozona. Más allá de los desembolsos de los rescates que se hagan de una sola vez, y que pueden justificarse por razones humanitarias, las transferencias solo serán políticamente factibles si no exceden de manera notable los fondos de Desarrollo Regional de la UE en vigor desde hace ya tiempo, y si pueden presentarse de forma creíble como ayudas a un Estado para que se ayude a sí mismo. Las inyecciones redistributivas y regulares de dinero –en concepto de expresión de solidaridad con economías menos competitivas en un entorno de divisa fuerte– no podrían sostenerse en las meritocracias nórdicas, con sus constantes exhortaciones a trabajar más duro; como tampoco serían a la larga compatibles con la autoestima de los países receptores. Con respecto a los subsidios que tienen vocación de desaparecer tras cumplir su cometido (como es el caso de las políticas regionales en el ámbito nacional o de la ayuda al desarrollo en el ámbito internacional), habrá que abordar por fuerza las cuestiones relacionadas con su duración y uso (es decir, si se están o no destinando al consumo en lugar de a la inversión). Para evitar que transferencias que han sido justificadas como ayuda de emergencia temporal sean transformadas *de facto* en asistencia a largo plazo, los donantes solo las concederán bajo estrictas condiciones, arrogándose el poder de supervisar su utilización. Es inevitable que esto lleve a tensiones entre Estados soberanos, y que se acuse a los países donantes de comportarse como imperialistas, al interferir en los asuntos internos de otros y socavar sus democracias. Los países receptores protestarán por los pagos inadecuados y por la abrogación sin garantías de derechos soberanos, mientras que los donantes considerarán excesivas las sumas solicitadas y las condiciones aparejadas, insuficientes. Así, en el futuro la política interna de la eurozona girará en torno al eje del dinero a cambio de control y las oportunidades para las movilizaciones nacionalistas y demagógicas serán, a ambos lados, incontables.

³³ La idea de que Alemania colmará ella sola las asimetrías económicas de Europa –ya sea por miedo a Europa o por amor hacia ella– lleva el voluntarismo a un nivel superior.

¿Un nuevo sistema?

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escuchamos argumentos positivos, políticos o económicos, a favor de la moneda única. Las únicas razones invocadas por los defensores del statu quo contra el abandono de lo que Polanyi habría sin duda denominado un «experimento frívolo» es que las consecuencias de una ruptura, aunque impredecibles, serían peores que la continuación de lo que ya se ha convertido en una crisis institucional permanente. Por debajo de esto, está probablemente el temor de la clase política europea a que los votantes les puedan hacer rendir cuentas por haber puesto en juego, tan a la ligera, la prosperidad y la coexistencia pacífica en el continente.

Sin embargo, los costes de dismantelar la moneda única no pueden sobrevivir mucho más en tanto que argumento a favor de su continuidad. La esperanza de los nórdicos de escapar de la actual coyuntura con un desembolso excepcional y de una vez por todas –o incluso con una deflación excepcional para propiciar una reforma estructural en el sur– se evaporará, así como las esperanzas del sur en poder contar con un apoyo a largo plazo para sostener estructuras sociales poco indicadas para funcionar en un régimen de divisa fuerte. Entretanto, la noción de que una democracia europea vaya a brotar del Parlamento Europeo y a acudir de alguna manera al rescate se terminará revelando como una ilusión, y cuanto más larga sea la espera, mayor será la desilusión³⁴. Menos factible aún es el sueño de lograr una democracia semejante a fuerza de permitir que la crisis de la eurozona se prolongue hasta que *el malestar* se haga demasiado grande: no tanto el malestar económico en el sur como la angustia moral y política en el norte, sobre todo en Alemania.

Antes de que se dé una carrera precipitada hacia la democracia paneuropea, lo más probable es que las unidades políticas nacionales caigan presa de partidos nacionalistas agresivos. Los únicos defensores que quedarán de la integración en torno al euro, aparte de unos políticos temerosos de perder sus asientos, serán las clases medias del sur, que sueñan con lograr un paraíso socialdemócrata de consumo subidos en el carro del capitalismo nórdico, incluso mientras este último implosiona; y las industrias exportadoras del norte, que buscan preservar el consumo

³⁴ Véase mi comentario sobre el artículo de Wolfgang Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», en *Zeitschrift für vergleichende Politikwissenschaft*, vol. 9, núm. 1-2, 7 de febrero de 2015.

financiado a crédito de los meridionales tanto tiempo como sea posible, así como las ventajas competitivas que supone una divisa paneuropea infravalorada. Sin embargo, en ausencia de una convergencia real, y si la necesidad de inyecciones regulares y redistributivas de dinero se hace evidente en toda su magnitud, la actual situación no será ya sostenible en términos electorales, ni siquiera en Alemania.

Por esta razón es esencial dejar de santificar el régimen de la moneda única, y de sobrecargarlo —de esa manera tan «típicamente alemana»— con las expectativas y atributos de una salvación posnacional³⁵. Solo después será posible dejar a un lado la cantinela cotidiana de los peores escenarios (la frase de Merkel, «Si el euro fracasa, fracasa Europa», fue un ejemplo bastante burdo en este sentido), y empezar a ver la moneda única como lo que es: un recurso económico que habrá perdido su razón de ser si deja de servir a su propósito³⁶. En *Buying time*, adelanté la propuesta de reconfigurar la moneda única de acuerdo con las líneas del modelo Bretton Woods original de Keynes: el euro como anclaje de las monedas nacionales o multinacionales individuales, con mecanismos acordados para salvar desequilibrios económicos, incluyendo la posibilidad de reajustar los tipos de cambio. En la práctica, esto supondría liberarnos del *patrón oro* implícito en la moneda única, que vacía las democracias de contenido sin ayudar tampoco a establecer una democracia supranacional. En términos generales, esto nos devolvería a una situación similar a la que teníamos entre 1999 y 2001, cuando el euro y las monedas nacionales de los Estados miembros existían en paralelo, si bien con paridades fijas, invariables. La diferencia estaría en que ahora las paridades podrían revisarse mediante un proceso regulado por tratado, en lugar de por los mercados de divisas o por la acción unilateral

³⁵ Así como la pretensión de que la moneda única es la garantía de la paz y, por lo tanto, indispensable. La larga paz europea comenzó en 1945, mientras que la moneda única no fue lanzada hasta 1999. Junto con el Mercado Común (con sus monedas nacionales), fueron sobre todo la OTAN y la Guerra Fría las que empujaron a los países de Europa a mantener la paz, en contraste con el periodo de entreguerras. La moneda única, en cambio, ha sido un motivo de discordia, antes que de paz. Y en lo que respecta a la contribución de la Unión Europea al mantenimiento de la paz en general, la historia oficial difícilmente se sostiene cuando consideramos el caso de Ucrania, donde los planes *occidentales* para una ulterior expansión de la Unión Europea hacia el este han exacerbado de forma persistente el estado actual de guerra.

³⁶ El *dictum* de Merkel (del 19 de mayo de 2010), que es de una demagogia inenarrable, suele considerarse un dogma incluso hoy en las filas del centroizquierda. Los eurófilos como Merkel confunden la tradición cultural de Europa con las malas decisiones políticas de las que ellos son responsables.

del gobierno. Como por aquel entonces entendía los detalles técnicos todavía menos de lo que los entiendo hoy, no desarrollé esta propuesta. Además, estaba bastante seguro de que las élites que gobiernan Europa se agarrarían impertérritas (y es exactamente lo que ha ocurrido) a su proyecto de unificación, por divisivo que este resultara ser.

Sin embargo, desde 2013 se vienen escuchando muchísimas voces en favor de un régimen de cambio flexible, que permitiera a la política democrática limar los desequilibrios a través de medios menos destructivos que las devaluaciones internas. Las sugerencias que se plantean van desde una vuelta a las monedas nacionales, a través de la introducción temporal o permanente de monedas paralelas unida a controles de capital, hasta un sistema monetario keynesiano de dos niveles³⁷. No es necesario sentir «nostalgia por el Deutschmark» para entender la necesidad urgente de reflexión común sobre la reconstrucción de la moneda única europea, buscando el beneficio para Europa, la democracia y la sociedad. En principio, este tema podría también derivarse de la no menos urgente búsqueda de un sistema monetario *global* que sea mejor que el que tenemos a día de hoy (un sistema que se ha vuelto cada vez más disfuncional desde el desmantelamiento definitivo del régimen de Bretton Woods a principios de la década de 1970 y que en 2008 llevó a la economía mundial al borde del colapso).

El fracaso del euro es solo una de las muchas evoluciones que vienen a quitarnos el velo de la ilusión motivado por las condiciones anormalmente pacíficas del periodo de posguerra: la convicción de que lo que el dinero es y cómo debe ser gestionado es una cuestión ya decidida de una vez por todas. Hace tiempo que deberíamos estar debatiendo sobre un nuevo régimen financiero y monetario global. El objetivo será

³⁷ La literatura relevante es en este punto demasiado extensa como para referirse a ella en detalle. Cabe señalar que es tanto de *derechas* como de *izquierdas*, e incluye reflexiones sobre cómo los costes de dejar una unión monetaria podrían cargarse, para empezar, al menos en parte, a los países cuyas promesas poco realistas, tanto explícitas como implícitas, atrajeron a otros con monedas débiles a la unión monetaria. Véanse especialmente Heiner Flassbeck y Costas Lapavistas, *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone*, Londres y Nueva York, 2015, con una introducción de Oskar Lafontaine; así como las contribuciones en curso del economista estadounidense Allan Meltzer (*Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 16 de noviembre de 2014), los economistas y periodistas neerlandeses alrededor de André ten Dam («La solución Matheo»), los economistas franceses Jacques Maizier y Pascal Petit (*Cambridge Journal of Economics*, junio de 2013) y, entre muchos otros, Wolfgang Münchau (*Financial Times*, 16 de marzo de 2015).

concebir un sistema lo suficientemente flexible como para hacer justicia a las condiciones y limitaciones que gobiernan el desarrollo de todas las sociedades que participan en la economía mundial, para que, en sus pugnas geoestratégicas, no alienten devaluaciones rivales ni la producción competitiva de dinero o deuda. Las cuestiones en la agenda incluirían la del sucesor del dólar en tanto que divisa de reserva, la del empoderamiento de Estados y de organizaciones internacionales para fijar los límites al libre movimiento de capitales, la de la regulación de los desórdenes causados por la banca en la sombra y por la creación global de dinero y crédito, así como la cuestión de la introducción de tipos de cambio fijos pero ajustables. Estos debates podrían seguir la estela de las ideas, sorprendentemente ricas, en torno a los regímenes monetarios alternativos, nacionales y supranacionales, que se intercambiaron en el periodo de entreguerras entre autores como Fisher y Keynes. Como mínimo, nos enseñarían que el dinero es una institución histórica en constante evolución que necesita de continuos ajustes y adaptaciones, y cuya eficiencia debe ser determinada no solo en teoría, sino también atendiendo a su función política. De esta forma, el futuro de la moneda común europea podría pasar a ser un subtema en el marco de un debate mundial sobre un sistema monetario y de crédito para el capitalismo y quizá incluso para un orden poscapitalista del siglo XXI.

Pero también es posible que el debate no se llegue a dar. Ahora más que nunca se aprecia un desfase grotesco entre los problemas de reproducción del capitalismo, que se intensifican, y la energía colectiva necesaria para resolverlos (esto afecta no solo a las reparaciones necesarias del sistema monetario, sino también a la regulación de la explotación de la fuerza de trabajo y del medioambiente). Bien pudiera ser que no haya garantía alguna de que esas personas que han sido tan amables de presentarnos el euro vayan a ser capaces de protegernos de sus consecuencias, ni de que estén siquiera dispuestas a hacer un esfuerzo serio al respecto. Los aprendices de brujo serán incapaces de renunciar a la escoba con la que pretendieron limpiar Europa de sus premodernas debilidades sociales y anticapitalistas en pro de la transformación neoliberal de su capitalismo. El escenario más verosímil para la Europa del futuro cercano –y no tan cercano– es el de unas disparidades económicas crecientes y el de una progresiva hostilidad política y cultural entre sus gentes, a medida que se encuentren rodeadas por tentativas tecnocráticas de socavar la democracia, por un lado, y por el surgimiento de nuevos partidos nacionalistas, por el otro. Estos últimos no dejarán

escapar la ocasión de autoproclamarse los auténticos representantes del número creciente de los denominados «perdedores de la modernización», que se sienten abandonados por una socialdemocracia que ha abrazado el mercado y la globalización. Además, este mundo, que vive bajo la amenaza constante de posibles réplicas de 2008, va a ser especialmente incómodo para los alemanes, que por culpa del euro se verán en la tesitura de tener que sobrevivir sin aquella «Europa» que solían ver como una morada segura, con vecinos bien dispuestos.